

# Frente al silencio.

## Testimonios de la violencia en Latinoamérica\*

*Margarita Baz\*\**

EL LIBRO *Frente al silencio. Testimonios de la violencia en Latinoamérica* es una obra colectiva que incluye trabajos presentados en un encuentro internacional celebrado en la ciudad de México en 1998. El título que se propuso para la obra, dicen Gabriel Araujo, Ofelia Desatnik y Lidia Fernández, sus editores, “insiste en la palabra como vehículo de intercambio y resistencia ante lo inadmisibile de la violencia”. Cerca de treinta investigadores provenientes de distintas geografías de la América Latina aportan testimonios candentes y lúcidos análisis de la cuestión de la violencia, en sus múltiples facetas y en la pluralidad de manifestaciones.

Puedo decir para iniciar que me parece un texto sorprendente, una obra que mantiene de principio a fin una tensión que no es sino el producto de la acción de mirar de frente lo que puede ser, tal vez, el aspecto más aterrador de la vida social, aquello que en sus formas extremas atenta contra el fundamento de lo humano: la dignidad, la autonomía, el pensamiento. Hablar de la violencia, dice Raymundo Mier, es también nombrar lo intolerable. “Pero paradójicamente, es quizá sólo al reconocer, nombrar, admitir un acto como intolerable, cuando la acción política se hace posible, imperativa, irrenunciable”. Ese acto ético de responsabilidad ante un tema que, en los tiempos que corren y por cuestiones históricas —que competen tanto al ámbito mundial como al específico latinoamericano— nos acosa y abruma, junto a la convergencia colectiva en un proyecto de elucidación es lo que impregna a *Frente al silencio* de una fuerza notable, tanto moral como de creación, reflexión y propuestas.

\* Gabriel Araujo Paullada, Ofelia Desatnik Miechimsky, Lidia Fernández Rivas (eds.), *Frente al silencio. Testimonios de la violencia en Latinoamérica*. Instituto Latinoamericano de Estudios de la Familia/Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, México, 1999, 368 p.

\*\* Profesora-investigadora. Departamento de Educación y Comunicación, UAM-Xochimilco.



Enfrentar el silencio es re-habitar los territorios de los que hemos sido expulsados por la amenaza, el terror, el sometimiento. Es recorrer las tramas infinitamente complejas desde las que se tejen tanto las formas sutiles y soterradas de la violencia en las relaciones cotidianas en distintos ámbitos como aquellas manifestaciones de brutalidad e infamia de la violencia social y política que nos dejan —una vez más— perplejos, no sólo por la capacidad destructiva que conllevan sino porque constatamos que no desaparecen en el devenir civilizatorio; por el contrario, se repiten y emergen bajo nuevos rostros, hasta dejarnos en el umbral de lo ininteligible, lo innombrable.

Investigar e intervenir en las cuestiones que surcan la violencia es enfrentar el abismo, el vacío y la oscuridad, el sufrimiento inútil, el dolor gratuito; es remontar los mecanismos de negación y disociación, así como la desesperanza. Por ello, Gabriel Araujo, Lidia Fernández y Ofelia Desatnik, coautores y editores del texto, afirman el valor de la palabra y la propuesta transformadora que sustituyan a la repetición incesante y estéril. La palabra entendida como forma de acción que lleve a la transformación de las prácticas que nos degradan, paralizan y controlan. Por ello, también, el testimonio: voluntad de memoria, de inscripción en la vida colectiva de una llamada, una advertencia, una historia que convoque nuestro potencial de vida, de construcción, de imaginación para un destino diferente.

Elizabeth Lira, al analizar la violencia política y la naturaleza del conflicto político en el marco de la llamada transición a la democracia en el contexto chileno, abre el difícil problema de lo que puede llamarse memoria social; analiza el tema de las demandas de amnistías y olvido defendidas bajo el supuesto de que así se asegura la paz social, y denuncia el gran temor de poner en palabras los obstáculos para construir la convivencia pacífica, para emprender el diálogo y dirimir visiones antagónicas. Sus investigaciones dejan bien establecido que el reconocimiento del daño, la validación de la experiencia de las víctimas, es una función de gran importancia subjetiva. La negación desde el poder de la realidad aterradora, el definirla como inexistente, es un fuerte atentado a la salud mental. Quedan abiertas difíciles tareas: cómo construir una verdad, cómo vincular justicia con olvido e impunidad.

La violencia aparece como una constante en la historia humana; desde la que Estela Troya se pregunta ¿qué es lo nuevo, hoy en nuestra preocupa-



ción por la violencia?, ¿qué nos reúne, qué nos convoca? Y propone que lo nuevo es la mirada, el lugar desde donde vemos, sentimos y pensamos; “algo, dice, se nos hace ajeno, repudiable y a la vez, posible de ser modificado. Lo novedoso no es la violencia sino el rechazo a su necesidad, a su indispensabilidad en las relaciones humanas”. Así, esta autora apuesta a la posibilidad de generar formas alternativas de inclusión de los componentes violentos o agresivos en los vínculos humanos y con el resto de la naturaleza y añade: “puede que estén emergiendo formas diferentes de concebir la convivencia y las relaciones entre sujetos y grupos”.

Es indudable que ciertas formas de pensamiento acerca de la violencia pueden servir al propósito del ocultamiento y de la distorsión. En consecuencia, un punto de partida esencial para pensar la violencia de una manera no reductiva, es verla como una emergencia histórica y social compleja, no generada únicamente por móviles y acciones individuales. Florence Rosenberg, al discurrir sobre las formas que toma la violencia en el mundo contemporáneo, y específicamente sobre la violencia estructural, desarrolla la noción de complejidad para desacreditar cualquier idea de que la violencia puede ser entendida como causal y unilineal.

Isabel Piper por su parte, señala decididamente que las perspectivas que transforman el problema en un fenómeno privado nos están condenando a la inmovilidad, al no cambio. Con esa premisa aborda críticamente la dicotomía que se ha ido configurando entre el ámbito de atención individual —visto como posible, como reparación de los efectos de la violencia— y los fracasos de la voluntad política, que ubican al cambio social como utópico e imposible. Asumiendo el ámbito individual como único espacio de cambio posible, se legitima la diferencia entre problemas políticos y problemas privados. Por el contrario, Piper afirma la dimensión intrínsecamente política de todas las formas de violencia. Esta dimensión está siendo frecuentemente escamoteada. Como señala María Ángela Canepa, los fenómenos políticos se han ido haciendo privados, paralizándolo a los sujetos y bloqueando la crítica social y la ubicación de responsabilidades.

Esta autora propone un abordaje distinto a partir del análisis de la subjetividad en la sociedad peruana que la describe como “el escenario donde menos conquistada está la capacidad de establecer relaciones democráticas”. Argumenta cómo la depresión en los actores sociales paraliza la voluntad de organización y producción de proyectos y cómo aparecen



nuevas violencias y representaciones de sí profundamente devaluadas. Se verifica un funcionamiento social perverso que no permite organizar una visión clara de la sociedad; el miedo a hacerse visibles y la sensación de culpa se articulan con el ejercicio del poder.

La pobreza y la marginación son imágenes devastadoras y amenazantes para todos. Se cierran los espacios para la palabra, el análisis, la reflexión. Al parecer se impone una mirada diferente de los procesos de construcción social y de la emergencia de nuevas subjetividades. Así, Leda Datz, citando a Heidegger, alerta sobre un inquietante síndrome de la juventud actual: el aburrimiento profundo que niebla y nivela todas las cosas, el aburrimiento in-diferencia.

Otra inquietud crucial que atraviesa el libro es aquella que se refiere a las distintas experiencias que de momento parecen englobarse en el término violencia. Lo que se ha llamado violencia estructural, violencia social, institucional o política, ¿constituyen una misma categoría con la violencia de género, la violencia intrafamiliar, el racismo y el autoritarismo en sus muy diversas manifestaciones y formas? Se intuye que estas expresiones no son ajenas unas con otras, pero al mismo tiempo, en voz de diversos autores, se establece la necesidad de diferenciar ámbitos, formas y dimensiones, considerando un grave error el dar como equivalentes todos los procesos que estamos nombrando con el término violencia. Los relieves y límites de esta noción se revelan insuficientes para contener todos sus matices y singularidades. Raymundo Mier evoca además la idea de *otra violencia*, aquella que si bien reclama la memoria de la violencia primordial de la ley, se erige para posibilitar el advenimiento de lo impensado, resguardar el vínculo de reciprocidad y el reconocimiento del otro para construir la alternativa de otros futuros.

El carácter enigmático, polémico y cuestionador en el más amplio sentido que tiene la violencia en el marco de la vida humana, no podía menos que ser acogido en un libro que es un texto abierto, plagado de preguntas y sostenido, diríamos, por la pasión de ser. La obra se desenvuelve desde distintas dimensiones: de las condiciones de la violencia y sus escenarios (secciones primera y segunda del libro) a las intervenciones y alternativas frente a la violencia (sección tercera), culminando con un epílogo inquietante y precedido por el prólogo de los editores que anticipan los sentidos que van creando la puesta en común de la tarea de reflexión sobre la violencia.



La violencia estructural es una preocupación ampliamente recogida en el texto. Pregunta Silvia Emmer: ¿hay algo más desolador a nivel social que el mensaje “no hay para todos, no hay lugar para todos”? Las exclusiones que, de manera brutal o inadvertida, van dejando sin futuro a un gran número de personas son la expresión más contundente de la violencia estructural, de la que Rafael Reygadas muestra cómo oculta privilegios y prejuicios e incluso invisibiliza a pueblos enteros como por ejemplo los indígenas.

Otros autores prefieren hablar de violencia social, acciones relacionadas con el ejercicio del poder y con la intención de hacer del otro objeto de dominación o instrumento para la misma. Ésta apunta a la ruptura de las redes sociales, lo que dificulta gravemente los procesos identificatorios y los lazos de solidaridad que hacen posible la convivencia humana. Lidia Fernández y Gabriel Araujo abordan el tema de la violencia institucional, aquella que ejercen las instituciones mediante sus prácticas y reflexionan sobre la función de regulación social de las instituciones hoy vigentes. Llegan a plantearse el “colapso de las instituciones” junto a la emergencia preocupante de todo un sistema de organización y funcionalidad ligada a la delincuencia.

Ofelia Desatnik y Miguel Monroy, en un trabajo sobre violencia y autoritarismo en la escuela, analizan el tema de la violencia simbólica, entendida como una forma de decir para ocultar, solapar, encubrir o enmascarar prácticas de poder y de autoritarismo. Llamán la atención sobre algunas modalidades aceptadas socialmente e incluso valoradas que imponen una relación traspasada por este tipo de violencia. Citando a Gregorio Kaminsky (*Dispositivos institucionales*) en su postulado de que “todo habla en las instituciones en la medida que lo sepamos escuchar”, muestran la importancia de dejar “hablar de lo que habla la escuela” como una forma de develar, de abrir la discusión de lo que en ella ocurre.

María Isabel Castillo aborda la cuestión de la violencia social, tanto en su ejercicio insidioso como aquel abierto y brutal, y particularmente en su modalidad de terrorismo de Estado, el que, sostiene, destruye los puntos de referencia constitutivos de la identidad social del sujeto y ataca el pensamiento. A partir del trabajo terapéutico con “traumatizados extremos” y sus familias, se pregunta cómo se da el proceso de metamorfosis de la violencia, cómo se re-simbolizan en los hijos aquellas situaciones vividas



por sus padres, situaciones que han pasado a constituir lo impensable, que es del orden del vacío, del deshecho, de la herida.

Ignacio Maldonado y Flora Aurón, desde una amplia experiencia desarrollada en un centro de atención a la violencia doméstica con una metodología de investigación-acción, incluyen en su reflexión el lugar del equipo de salud que interviene: reconocen estar permanentemente ubicados en el lugar incómodo de la contradicción entre dos roles diferentes: el terapéutico y el del control social. La teoría de sistemas, el construccionismo social y las nociones de género y cultura, son algunos de los referentes conceptuales que sustentan este trabajo, el que busca también, como una tarea que se han propuesto, definir lineamientos básicos de prevención.

Roberto Garda Salas presenta el modelo de intervención de Coriac, con la singular y promisoría experiencia de trabajar con hombres que ejercen la violencia en su hogar. Por su parte, Magdalena Sánchez Rocha aborda el doloroso tema de la tortura, situación límite en que la víctima es violentada profundamente en la relación con su cuerpo, su realidad y los otros. Su trabajo muestra el papel de la investigación en derechos humanos y explora el valor de la denuncia, el apoyo jurídico, político y terapéutico.

En fin, cada uno de los análisis, las reflexiones y experiencias que aparecen en este libro tiene un gran valor en sí mismo y en el conjunto de la obra, la que muestra desde las singularidades pero también desde los ejes comunes que la animan la importancia de emprender el abordaje de temas tan difíciles como el de la violencia en forma colectiva.

“La palabra —dicen Gabriel Araujo y Lidia Fernández— es vía de acceso para nombrar ese lugar en que el silencio se vuelve condición de muerte. Es instrumento de lucha en contra de la violencia, al tiempo que es también condición de imaginación creadora de historia”. El libro *Frente al silencio. Testimonios de la violencia en Latinoamérica*, se inscribe en esa vocación por la memoria y en la aspiración por un futuro mejor, potenciada por la capacidad de investigación y de pensamiento. Mis felicitaciones afectuosas a todos los autores de esta obra.